
Un Poeta Del Alma Infantil

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9005

Título: Un Poeta Del Alma Infantil

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Artículo, Crónica

Editor: Brian

Fecha de creación: 26 de julio de 2026

Fecha de modificación: 26 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Un Poeta Del Alma Infantil

Una caricatura reciente nos muestra a un niño doblado con gran preocupación sobre un aparato de radio, que se esfuerza en sintonizar.

—Vamos al circo, ya es hora —le dice su abuelita, entrando en la pieza. A lo que la criatura responde, encogiéndose de hombros:

—Anda tú, abuelita, si eso te divierte...

La caricatura, al servicio de un fino espíritu, tiene felices aciertos. En la que nos ocupa, se halla expresado con sutil eficacia el singular estado de alma de nuestra infancia actual.

No es nueva la utilización del niño precoz para sintetizar con un rasgo de su psicología determinado estado social. Pero pocas veces como en ésta el niño ha prestado tema para la caricatura de su presente descomposición vital.

Una criatura que ha perdido la imaginación para soñar con imposibles, el ansia de ver nuevas y lejanas tierras, y el fuego para anhelar otros ambientes, otros océanos, otras tempestades que no se sabe adónde conducen; cuando una criatura —imaginación, ansia y fuego— se encuentra vaciada de todo esto, e inmóvil y envejecida pone al servicio de un complicado mecanismo un esfuerzo mental no menos caduco por infantil, puede creerse que la humanidad que engendra y fomenta tal infancia, se halla amenazada de decrepitud en sus más tiernas fuentes.

Los niños no deben absorberse en el estudio de los sutiles aparatos que el progreso pone a su alcance. No deben

conocer todas las marcas de autos ni perder el color doblado sobre un circuito de radio. Ellos llevan en sí, y en germen, la dedicación a tales estudios, y a su edad madura perderán el color, la fortuna y el alma tras aquello que hayan erigido en ideal.

Pero, entretanto, una criatura sólo debe soñar con lo que no está a su alcance: tierras, misterios y dichas aún inaccesibles para ella. Debe ansiar mucho más de lo que conoce y ve, pues apenas si más tarde la realidad le permitirá ejercitar sus fuerzas ya maduras en el uno por ciento de sus lejanos sueños.

Es lamentable cosa ver a los niños alejados de su propia infancia; verlos aburrirse en el circo y ensimismarse en la complicación de misteriosos mecanismos. Durante un tiempo hemos creído que a las peculiaridades de la gran vida urbana debía inculparse esta atrofia o desviación del alma infantil, y que en los pueblos podía aún hallarse incólume al niño que hemos conocido.

Nuevo error, a lo que parece. También en las ciudades pequeñas las criaturas han dejado de ser tales para convertirse en pequeños hombres, con los mismos cortos anhelos de los grandes, y sin más ideal que llegar a tener la fortuna de ellos para adquirir a su vez una radio de ocho lámparas y un auto de carrocería Suprema Alteza o Antílope Azul...

Es sólo treinta años, ¿es posible que el alma infantil haya dejado de ser lo que era para ser otra cosa? ¿Hemos pasado ya por crisis semejantes que el tiempo transcurrido y las ignorancias nos impiden conocer? ¿Está a punto de perderse aquella curiosidad ansiosa, aquella exaltación del ensueño a que dimos el nombre de poesía del alma infantil?

De un agitador de esta alma, acaba de festejarse el centenario, y los niños de hoy, inconscientes de lo que su nombre significa para las generaciones que los precedieron,

han visto con indiferencia a hombres de tez curtida por los años recordar tiernamente los libros de Julio Verne.

Agitador de la poesía infantil: tal creo que fue el destino y la gloria de este hombre.

A despecho de sus recursos de pequeña retórica y de su no siempre fiel erudición, Julio Verne poseyó como el mejor de los novelistas el arte de contar. El primer ciclo de sus novelas, particularmente, alcanza un desiderátum de emoción narrativa que bien quisiéramos para nosotros muchos de los que nos empeñamos en este arte. Pero es esto muy poco: la sola sugestión de sus epopeyas al esfuerzo, a la potencia moral, al tesón físico, al desenvolvimiento de todas las energías del individuo ante el desamparo y la desolación, sólo ello bastaría para concederle, como poeta, lo que sus debilidades literarias le restan.

Tenemos la convicción de que no se ha concedido aún a Julio Verne el puesto que le corresponde entre los escritores de gran influencia dinámica. A su amparo soñaron con el heroísmo generaciones de criaturas y adolescentes. Y muchos, sin haber llegado a héroes, le deben sin duda el sacudón inicial de una fecunda vida, por ser muy fuerte el destino que en un temperamento de pioneer ejercen siempre los poetas épicos de la acción.

Caillé, probablemente el explorador más enérgico con que cuenta la humanidad, debió su vocación a una influencia semejante. Y todos sabemos que Conrad se sintió a los ocho años marino, a la conclusión de un relato cualquiera desarrollado en las islas polinesias.

Hoy los chicos no sueñan porque han erigido en ideal las diversiones de los hombres, que no pueden obtenerse sino con dinero. No debe así atribuirse la exclusión de Julio Verne de la biblioteca de los jóvenes a la vejez de su nombre como autor, ni tampoco a un mayor refinamiento del gusto infantil. El amor a la aventura, a las lejanías, a las grandes glorias

—incluso la de un gran bandido— constituyó en todas las edades la característica del niño. Hoy, extraviada por los deleites urbanos que ve a cuantos le rodean anhelar y perseguir, el alma del niño no alcanza ya a traspasar en su ensueño los límites de su calle, y ni siquiera los de su misma cuadra: en ella, y sin penuria alguna, hallará todo lo que ansía.

Un amigo mío, criado en el campo, construyó con grandes esfuerzos una choza no más alta que él, a la sazón de diez años. La obra fue llevada al cabo con gran sigilo. Nadie, ni en su casa ni en el pueblo, conocía la existencia de aquel refugio, levantado en un salvaje páramo. Para nada servía la choza por su minúsculo tamaño, ni su propietario pretendía tampoco vivir en ella. Pero cuando el tiempo amenazaba tormenta, el chico corría a su choza. Y allí, acurrucado, con las piernas forzosamente en el pecho, se mantenía por varias horas inmóvil, bajo la lluvia que azotaba el país.

A la misma edad, yo gustaba de ir hasta un estrechísimo y sombrío barranco, muy distante de nuestra quinta, donde, por efecto de la humedad, conservada en su fondo, crecían grandes helechos y plantas de extrañas formas, que con la caída del crepúsculo cobraban lóbrego aspecto.

Muchas veces, en las grandes horas de sol, habíamos alcanzado hasta allí a cazar lagartos. Pero al entrar la noche, y en la soledad y el silencio del lugar, bien podían asomar entre las piedras, para un chico de diez años, otros animales.

Una tarde, la caída del sol me sorprendió en la garganta, ex profeso.

Abrí un cortaplumas, y fijando los ojos en los peñascos del precipicio, sin perder de reojo la fosca vegetación a mi derecha, me mantuve durante una hora inmóvil como mi amigo; él, ante su tempestad de Robinson; yo, ante los peligros de mi selva en miniatura.

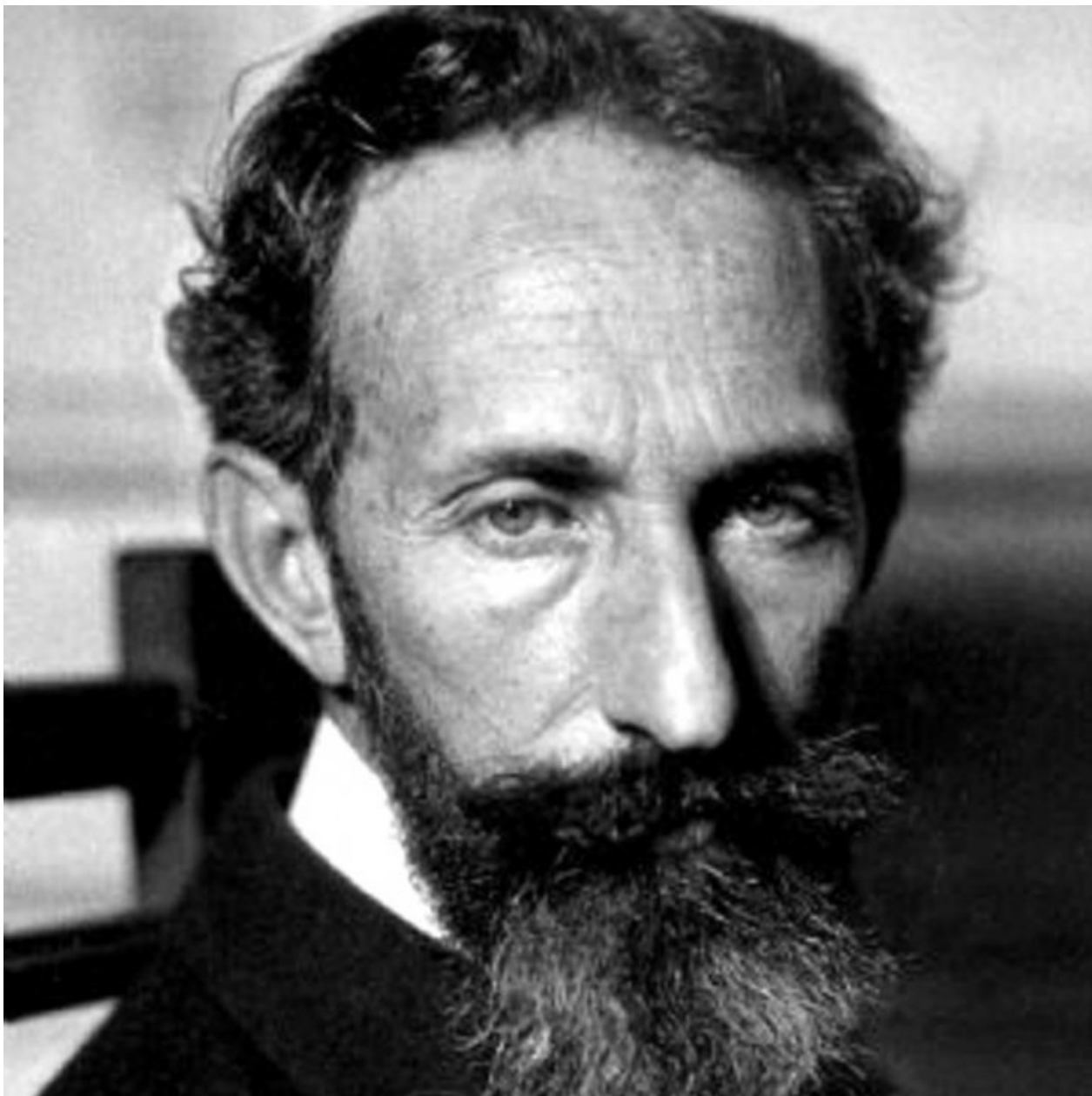
Ni mi amigo ni yo hemos tenido ocasión de probar nuestras

fuerzas en las vicisitudes de los grandes viajes.

Pocos, contados son sin duda los hombres criados desde el setenta al novecientos que han logrado ver y sentir lo que anhelaron en su tierna juventud.

Pero todos ellos, hombres hoy maduros, guardan fresquísima la emoción verniana de aquellas aventuras, de aquellos esfuerzos que realizaron de verdad cuando su alma infantil era bastante pura para conformarse con la sola y rica poesía del soñar.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)